

3-: Vocación y santidad.

Marcos nos muestra la teología de la vocación (3, 13-14): *Subió a un monte y llamando a los que quiso vinieron a El, para estar con él y los envió a...* Están en esos dos versículos tres elementos básicos, en un momento especial (sube a un lugar alto, es decir va a hacer una cosa solemne, después de haber pasado la noche en oración): 1) elige a los que quiere (libre designio de su voluntad). 2) ¿Para qué? Para estar con él, para ser consuelo de Dios hemos sido elegidos, siempre somos útiles... 3) Les envió... es la misión, el apostolado.

1. Dios elige a los que quiere... «Non c'è che da chiudere gli occhi perché possiate ritrovare nella notte il vostro tesoro» (C Claudel): no hay más que cerrar los ojos para encontrar nuestro tesoro, efectivamente el reino de Dios está dentro de nosotros: «Jesús se mete con una acto de autoridad en el alma, en la tuya, en la mía: ésa es la llamada». «Vivir de amor, sin andar mendigando compensaciones terrenas, sin buscar pequeñas infidelidades miserables, sentirse orgulloso y bien pagado...»

Otra idea madre que recordar en la necesidad, para simplificar, para ir a lo esencial: Dios me ha elegido con predilección, y si tengo confianza, me concederá y la firmeza en mi camino, porque, cuando El comienza una obra, la acaba, como dice San Pablo y se recuerda en la Ordenación sacerdotal, y es aplicable a toda vocación cristiana. Ya hemos visto el comentario a “las obras de Dios son perfectas” (Forja 387) tomando palabras del Deuteronomio, pero que están ya en Génesis 1, 21: Dios al contemplar lo que hizo vio que era bueno. Formó Dios al hombre del barro de la tierra (Gen 2, 7) pensando en Jesús nos hizo, como imagen celestial (1 Cor 15, 45.47), y podemos exclamar agradecidos: “obra somos de tus manos” (Is 65, 8); o como dice el Salmo: gracias, Señor, porque me has hecho muy bien.

La vocación es un designio de Dios: *elegit nos in ipso ante mundi constitutionem* (Ef 1,4). ¡Antes de la creación del mundo, nos ha destinado a ser santos! Primero nos ha elegido y después nos ha creado para cumplir esa llamada. La elección precede nuestra existencia; es más, determina la razón de nuestra existencia. Es un don que hemos recibido sin merecerlo: *non vos me elegistis* (Io 15,16): “no me habéis escogido vosotros... sino que Yo os he escogido y os he puesto para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca”. Si todos llevamos dentro un deseo de dejar fruto (se habla con frecuencia de tener un hijo o discípulo, escribir un libro o plantar un árbol), aquí el Señor habla de dejar huella, poso, para siempre.

Es una vocación de amor esponsal, como dice el Catecismo (n. 505, cf. 2392): “Jesús, el nuevo Adán, inaugura por su concepción virginal el nuevo nacimiento de los hijos de adopción en el Espíritu Santo por la fe “¿Cómo será eso?” (Lc 1, 34;cf. Jn 3, 9). La participación en la vida divina no nace “de la sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios” (Jn 1, 13). La acogida de esta vida es virginal porque toda ella es dada al hombre por el Espíritu. El sentido esponsal de la vocación humana con relación a Dios (cf. 2 Co 11, 2) se lleva a cabo perfectamente en la maternidad virginal de María”

“¡Con cuánta fuerza ha hecho resonar el Señor esa verdad, al inspirar su Obra! Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa -homo peccator sum (Luc. V, 8), decimos con San Pedro-, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencias, puede ser medio de santidad... todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo...” (San Josemaría Escrivá). Seguir al Señor por el

camino de la vocación que hemos recibido no es algo negativo, sino algo magnífico: ¡Qué hermosa es nuestra vocación, que nos da la alegría y la paz que el mundo no puede dar!: “No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido hacerte. –Agradécesela” (**Camino 913**).

La mejor muestra de agradecimiento: hacer buen uso de los dones recibidos: corresponder a la *llamada a la santidad y al apostolado según el espíritu que Dios nos da: con entusiasmo y amor, dispuestos a sacrificarlo todo por la perla preciosa*. Dios nos ha pensado en Cristo, mirando su Hijo nos ha modelado, tomándole como modelo para hacernos a su imagen, físicamente y en lo espiritual y afectivo. Nos ha amado para vivir nuestra vida en Cristo, para nuestra vocación, y tenemos las cualidades como medios para desempeñar esta misión. A la luz de la vocación hemos de ver los talentos, para emplearlos y no enterrarlos, para lo que Dios nos los dio, para lo que Dios pensó al darnoslos. “Por toda la hermosura / nunca yo me perderé, / sino por un no sé qué / que se alcanza por ventura. // Que estando la voluntad / de Divinidad tocada, / no puede quedar pagada / sino con Divinidad” (S. Juan de la Cruz). Tenemos dentro una nostalgia de Dios, todo nuestro yo le desea... no oro por lo que digo ni por lo que hago. Oro por lo que soy, en esa fidelidad a mi mismo que no admite componendas con ninguna mentira existencial.

Hay una inscripción en el locutorio del monasterio de las carmelitas descalzas de Vic que dice: "Esta casa será un cielo si está nuestro contento en contentar al Señor y no hacemos casa de pensar en nuestro contento"; la gloria de Dios constituye el alimento para el amor: "La voluntad del hombre se mueve al amor atraída por el bien que encuentra en la cosa amada y por eso la elige con preferencia a otra (...). La voluntad de Dios, en cambio, es la causa de cualquier bien que se encuentra en una criatura (...). De ahí que Dios no ame a un hombre por encontrar en él un bien que el mueva a escogerle, sino que más bien le antepone a los demás y lo escoge, porque lo ama" (Santo Tomás de Aquino). La vocación es inmerecida, un regalo, un bien gratuito, según el beneplácito divino (Ef 1, 4). El Señor hizo notar a los Apóstoles el carácter gratuito de la vocación al decirles: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn.15-16). La misma elección de San Pablo, y la de tantos otros en el transcurso de la historia, muestran que Dios se complace en elegir precisamente a aquellos que a los ojos de los hombres pueden parecer menos aptos.

¿Qué es la vocación? Una llamada de amor. San Agustín lo cuenta así: “pero después que hubisteis arrullado mi cabeza en vuestro seno, sin que yo lo supiese, y cerrado mis ojos para que no viesen la vanidad, perdí alguna consciencia de mi mismo y adormeciésemos mi locura, y me desperté en vuestros brazos, y os vi infinito, de muy otra manera; y esta visión no procedía, ciertamente, de mi carne” (libro 7, c. 14). Es un ver de la fe, que marca la luz divina. Por eso, la imagen que más satisfacía a San Josemaría Escrivá era la de “Luz”: “La vocación... exige que abandonemos todo lo que estorba al querer de Dios. La **luz** que se enciende es sólo el principio; hemos de seguirla, si deseamos que esa claridad sea estrella, y luego sol” (Cristo que pasa, 33). “Conocemos ya el resplandor divino de nuestra vocación, estamos persuadidos de su **carácter definitivo**, pero quizá el polvo que levantamos al andar -nuestras miserias- forma una nube opaca, que impide el paso de la luz” (Cristo que pasa, 34). “La vocación enciende una luz **que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia**. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una profundidad que antes no sospechábamos. Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos adónde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía” (Cristo que pasa, 45). “El Espíritu Santo es quien ... nos da luz para **tomar conciencia** de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera” (Cristo que pasa, 135).

Esta luz dará energía, empujará a pegar ese calor, dará perspectiva a todo lo que se hace; es una luz que viene del fuego, que es el amor, y ha de ser alimentado cada día, porque si no aumenta disminuye. De manera que no es sólo luz, siguiendo el símil del fuego, hay también llamas o brasas, calor. Parece a veces que si no ven llamaradas, no hay fuego. Pero hay calor, sigue inflamando, no siempre hay llamas, el ascua al rojo vivo también da calor, y mejor que el fuego pasajero, esa hoguera de los comienzos, del fervor de la primera hora. Lo importante es que no se apague, con la oración y los sacramentos, y la formación espiritual y doctrinal.

"Un camino de fe es un camino de sacrificio. La vocación cristiana no nos saca de nuestro sitio, pero exige que abandonemos todo lo que estorba al querer de Dios. La luz que se enciende es sólo el principio; hemos de seguirla, si deseamos que esa claridad sea estrella, y luego sol. Mientras los Magos estaban en Persia -escribe San Juan Crisóstomo- no veían sino una estrella; pero cuando abandonaron su patria, vieron al mismo sol de justicia. Se puede decir que no hubieran continuado viendo la estrella, si hubiesen permanecido en su país. Démonos prisa, pues, también nosotros; y aunque todos nos lo impidan, corramos a la casa de ese Niño" (Es Cristo que pasa, 33). Así la Virgen de Fátima dice a Lúcia (Barthas, p. 102) sobre la vocación: "en cuanto a ti, has de quedarte mucho tiempo aquí abajo. Jesús quiere servirse de ti para que me hagas conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón inmaculado"... "No, hija mía... ¿Te hace esto sufrir mucho? No te desanimes. No te abandonaré nunca. Mi Corazón inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios."

2. Luz, ¿para qué?: PARA ESTAR CON ÉL. Nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Todo lo que tenemos en la memoria, nuestro pasado y con él nuestra identidad, se entiende a la luz del amor, es un enamoramiento, una cosa omnicomprendiva... Con errores, pero con sencillez, pues la vida sobrenatural, el endiosamiento, no depende de nuestra perfección sino del amor de Dios. A veces puede costar corresponder, pues encontrarse a Cristo es encontrar la cruz, que nos purifica como el oro en el crisol, y nos hace dignos de su amor: "Un camino de fe es un camino de sacrificio. La vocación cristiana no nos saca de nuestro sitio, pero exige que abandonemos todo lo que estorba al querer de Dios. La luz que se enciende es sólo el principio; hemos de seguirla, si deseamos que esa claridad sea estrella, y luego sol" (Cristo que pasa, 33). Así, después de un fracaso, o de una falta de fidelidad, o de descubrir que hay tanto que corregir, que rectificar... no podemos preocuparnos, nuestro Padre Dios nos perdona enseguida, ¡le hemos hecho tantas! Nos conoce y perdona. Hay que esforzarse por la sencillez, y dejar de lado la rabieta, pedir perdón, desahogarnos, más humildes... por encima del oleaje de la vida, ha de brillar la estrella de Navidad que nos muestra por dónde ir hacia Jesús. "Esto es lo definitivo. Todo lo demás que pueda acaecernos, es transitorio. ¡No lo olvidéis nunca!" (San Josemaría). Lo que es fuera del camino, no vale nada, mi vida es lo que es ese camino divino... todo hay que dejarlo en manos de Dios, para que lo "recicle" en función de lo que Él vea, para que sea para bien: virtudes y pecados, penas y gloria, amor, fidelidad en alegría y dolor. Y que todo sea ocasión de decirle que en la salud y enfermedad, juventud y vejez, le amaremos todos los días de nuestra vida. A veces "parece que Jesús duerme, que no nos oye... Y gritamos: "¡Maestro, que perecemos!" Y puesto Él en pie, calma las tempestades... lo importante es estar pegados a Jesucristo... a vivir esa gran aventura de amor; ¡que somos enamorados! Por amor vale la pena dejado todo, vender todo para conseguir esa perla preciosa, estar con Él. En ocasiones, de ha dicho que después de la fe es la gracia más grande que Dios da, se entiende que se refieren a una llamada en el tiempo, al modo en que ésta se descubre, porque en realidad la vocación también puede tomarse como proyecto vital, que engloba así fe y familia, aficiones y toda la vida, nada está fuera de ese plan divino que desde toda la eternidad está previsto, y que se va manifestando en el tiempo... se va viendo que esa llamada es divina, como dijo a los primeros discípulos: "veni, sequere me (Luc 18, 22); ven, sígueme".

3. LA MISIÓN: ser instrumentos de Dios. La imagen del borrico también es de gran ayuda: "Una tarde dorada de agosto. Acabada la faena volvía al establo, como de costumbre. Antes de llegar, su hocico olió un fino perfume. ¡Es el ángel!, pensó. Y entró trotando a la cuadra. Y el borrico, que aun con los palos se contenta, sintió que el ante él ponía, en la testuz, un brillante lucero. Nunca se detuvo el borrico para mirar atrás; sabía que las hortalizas y los cereales crecían, pero él no paseó nunca por el huerto para gloriarse con el fruto cierto de su trabajo. Sin embargo aquel día el ángel, mientras ponía el lucero junto a las peludas orejas, le susurró: - Dios te bendiga, borrico: ¡qué gran cosecha!" (San Josemaría Escrivá). Es la respuesta personal al encuentro con Jesús, que hizo resonar en nuestro interior la respuesta de amor: "seguidme i os haré pescadores de hombres" (Mc 1, 17; san Pablo en Act 9, 1-9; el joven rico: "ven y sígueme" en Mt 19, 16-22). "Te reconoces miserable. Y lo eres. -A pesar de todo -más aún: por eso- te buscó Dios. -Siempre emplea instrumentos desproporcionados: para que se vea que la 'obra' es suya. -A ti sólo te pide docilidad" (Camino, 475).

Uno de esos días de intensa nevada, Josemaría vio en el suelo blanco algo que le llamó poderosamente la atención: las huellas heladas de unos pies sobre la nieve; las pisadas de un carmelita que caminaba descalzo por amor a Dios. Aquello fue como un fogonazo de luz en su alma. Pensó: "Si otros hacen tantos sacrificios por amor de Dios, ¿yo no voy a ser capaz de ofrecerle nada? Entendí entonces con total claridad, que Dios le llamaba a su servicio" (...) Tenía sólo quince años... Y sentía que Dios se lo pedía todo. Eran sólo unas pisadas en la nieve..., pero en ellas había visto, clara, la llamada divina. Y no hizo esperar a Dios; no dilató su decisión, ni pidió "pruebas", ni se excusó con el tan conocido: "me entregaré cuando lo vea claro" (J. M. Cejas).

Dios tiene un plan para cada uno de nosotros, dentro de su voluntad general: quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Ese plan se despliega en el tiempo con iluminaciones, que pueden o no aceptarse: "El sol, aunque de por sí sea capaz de iluminar todos los objetos, si encuentra un obstáculo en algún cuerpo lo deja en tinieblas, como por ejemplo, cuando una casa tiene las ventanas cerradas. Desde luego el sol no es la causa de la oscuridad, porque no es por la voluntad suya por lo que la luz no entra en el interior; la oscuridad se debe sólo al hombre que cierra la ventana. Así Dios, en su juicio, no infunde la luz de la gracia a los que interponen obstáculos" (Santo Tomás de Aquino, S. Th., I-II, q.79,a.3). "La búsqueda y el descubrimiento de la voluntad de Dios para vosotros es una experiencia profunda y fascinante... A fin de cuentas, toda vocación, todo camino al que Cristo nos llama, lleva a la realización y a la felicidad, pues conduce a Dios, a compartir la misma vida divina" (Juan Pablo II, Manila, 13.1.1995).

Los dos puntos anteriores, ser luz y ser instrumentos, se resumen en el fuego que da origen a la luz, y es no sólo luz sino calor, quema el fuego y la luz ilumina pues viene todo del amor, la vocación es un compromiso de amor. Es un "flechazo": "Su llamada es una declaración de amor. Vuestra respuesta es entrega, amistad, amor manifestado en la donación de la propia vida, como seguimiento definitivo" (Juan Pablo II en Valencia, 8.11.1982).

El Señor te eligió y quiso que en el tiempo fueras oyendo su llamada. Para ello te fue preparando desde pequeño con las gracias y los talentos necesarios: "Ego vocavi te, nomine tuo, meus es tu! -Yo te he llamado ¡por tu nombre!, ¡eres mío!" Dios te ha llamado con tu nombre, es algo personalísimo, eres de Dios. Eres un sueño de Dios. ¿Y por qué a mí? Ya hemos recordado que no es por nuestros méritos, no hay ningún merecimiento por mi parte, pues es en función de la llamada que Dios me concedió los dones, talentos para que usara en provecho de un amor que se actualice para esa misión divina. "Él nos amó primero". Tomo prestada la siguiente glosa: Nos ha dado todo y ahora nos pide que correspondamos. Por eso, porque la vocación viene del Mismo que nos ha creado, la vocación cobra un sentido esencial. Mi existencia ya no tiene otra explicación más que realizar esa llamada específica. Entender bien lo que es la vocación es como concebir una idea

y todo lo demás se supedita a eso: amigos, familia, gustos. Esto me aleja de la vocación de Dios ¡pues fuera!

Querer corresponder es querer intensamente: “Me dices que sí, que quieres. Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer? ¿No? Entonces no quieres” (Camino, 316).

La vocación es llamada para una misión: 1. Que seas santo, que no es ser perfeccionista y hacer lo correcto, sino amar. 2. Viviendo el espíritu, el camino de la vida que has ido descubriendo. 3. En las circunstancias concretas en las que tú te encuentras ahora y en las que te encontrará a lo largo de tu vida. Es una aventura de amor. El siervo de Dios Álvaro del Portillo lo simplificaba así: “no tenemos que santificarnos con lo que queremos, sino con lo que quiere Dios”. En el Curso de retiro podemos crecer mucho en intimidad con Jesús, para tener su Luz en la que podemos mirar con visión sobrenatural. Intimidad con la Virgen, la gran intercesora, la experta en corresponder a la entrega, con todo el ser. No sólo con la cabeza, sino con el corazón y los sentimientos, aunque no sintamos, pero fomentando el entusiasmo pues una correspondencia fiel va tocando los diversos aspectos de la persona, como descendiendo en las “capas” de interioridad hasta la médula del alma, y también afecta a la exterioridad, hasta la sensibilidad. Ha de manifestarse en el sentido de responsabilidad aplicado en obras, pero no cumplir solamente, sino amar con obras, que es poner el alma en lo que hacemos. Los días de retiro son buenos para hacer examen y rectificar al paso que descubrimos que siendo la lucha interior y los propósitos que concretamos muy importantes, no es más que algo pequeño comparado con lo importante de verdad, el actuar de Dios en nosotros. El Sagrado Corazón es morada segura para abandonarnos ahí, y palpar sus latidos y adquirir sus sentimientos: “Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío”, o como más se ha simplificado en la devoción a la divina misericordia: “Jesús, en ti confío”.

“¡Cuántos jóvenes no poseen la verdad, y arrastran su existencia sin un ‘para qué’; cuántos, quizá después de vanas y extenuantes búsquedas, desilusionados y amargados se han abandonado, y se abandonan todavía en la desesperación! / ¡Y cuántos han logrado encontrar la verdad después de angustiosos años llenos de interrogantes y experiencias tristes! / Pensad, por ejemplo, en el dramático itinerario de San Agustín, para llegar a la luz de la verdad y a la paz de la inocencia reconquistada. / ¡Y qué suspiro lanzó cuando, finalmente, alcanzó la luz! Y exclama con nostalgia: ‘¡Qué tarde te amé!’” (Juan Pablo II, en Roma, 13.10.1979). El amor y la misericordia divinas no son una excusa para la tranquilidad mala y huir del mundo, sino para abordarlo con más empeño, para ser así felices: “Necesito recordaros que no encontraréis la felicidad fuera de vuestras obligaciones cristianas. Si las abandonarais, os quedaría un remordimiento salvaje, y seríais unos desgraciados. Hasta las cosas más corrientes que traen un poquito de felicidad, y que son lícitas, se pueden volver entonces amargas como la hiel, agrias como el vinagre, repugnantes como el rejalgar” (Amigos de Dios, 183). Lucas (12, 47) nos dice que quien no hace lo que debe recibirá azotes, a quien mucho se le da, mucho se le reclamará... Pero no es un cumplir frío, sino que el actuar humano ha de ser libre, si no se cae en la esclavitud, la del vicio o la de la obligación, pero esclavitud al fin y al cabo. En el actuar humano hay tres componentes irreductibles espirituales, que van siempre juntos: la verdad, el amor y la libertad, sin esa unión, si falta alguno, aquello no es un actuar digno del hombre; y tampoco es algo meramente intelectual, sino que el hombre tiene sentimientos que tocan lo más hondo de su corazón: “Al mismo tiempo, he de repetirte que la existencia del cristiano -la tuya y la mía- es de Amor. Este corazón nuestro ha nacido para amar. Y cuando no se le da un afecto puro y limpio y noble, se venga y se inunda de miseria. El verdadero amor de Dios -la limpieza de vida, por tanto- se halla igualmente lejos de la sensualidad que de la insensibilidad, de cualquier sentimentalismo como de la ausencia o dureza de corazón” (Amigos de Dios, 183).

Esto no significa connivencia con lo mundano. No hemos de tener miedo al mundo, que es bueno según ha salido de las manos de Dios, pero si estamos unidos a Dios nada puede dañarnos, dentro de los límites de no enfriar el amor, no caer en estructuras donde es imposible querer, actividades egoístas donde se desprecie a los demás. Llevar el propio ambiente puede costar a veces, no dejarse llevar por ciertos ambientes, pero es lo que indicó Jesús: **“Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos”** (Mt 5, 14-16). Para ello, *“necesitas vida interior y formación doctrinal. ¡Exígete! - Tú - caballero cristiano, mujer cristiana - has de ser sal de la tierra y luz del mundo, porque estás obligado a dar ejemplo con una santa desverguenza. - Te ha de urgir la caridad de Cristo y, al sentirte y saberte otro Cristo desde el momento en que le has dicho que le sigues, no te separarás de tus iguales - tus parientes, tus amigos, tus colegas -, lo mismo que no se separa la sal del alimento que condimenta. Tu vida interior y tu formación comprenden la piedad y el criterio que ha de tener un hijo de Dios, para sazonarlo todo con su presencia activa. Pide al Señor que siempre seas ese buen condimento en la vida de los demás* (Forja, 450).

En eso consiste ser cristiano: metido en el mundo cada uno según su camino, y en Dios, contemplativos ahí donde Dios, señor de la historia, nos ha puesto: "En esto consiste precisamente la gloria del hombre, en perseverar y permanecer en el servicio de Dios. Y por esta razón decía el Señor a sus discípulos: 'No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido', dando a entender que no lo glorificaban, al seguirlo, sino que, por seguir al Hijo de Dios, era éste quien los glorificaba a ellos. Y por esto también dijo: 'Este es mi deseo: que éstos estén donde yo estoy y contemplen mi gloria'" (S.Ireneo, contra las herejías).

Así respondieron los apóstoles a su vocación, con entusiasmo, recordando incluso como san Juan la hora en que fue llamado: "hora autem erat quasi decima: Eran entonces alrededor de las cuatro" (cf también la de Mateo: Lc 5, 27-32). Se comprometieron en la empresa divina: "¡Comprometido! ¡Cómo me gusta esta palabra! -Los hijos de Dios nos obligamos -libremente- a vivir dedicados al Señor, con el empeño de que El domine, de modo soberano y completo nuestras vidas" (Forja, n.855). Como hemos repasado, el combustible para el fuego es el amor: "¿Que cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. / -Enamórate, y no "le" dejarás" (Camino, n.999). "Agradece al Señor la continua delicadeza, paternal y maternal, con que te trata. / Tú, que siempre soñaste con grandes aventuras, te has comprometido en una empresa estupenda..., que te lleva a la santidad. / Insisto: agrádescelo a Dios, con una vida de apostolado" (Surco, n.184). La correspondencia es docilidad a la labor del Paráclito en nuestras almas (cf. Camino, nn.56 y 57). "Descubrir esta llamada, esta vocación, es caer en la cuenta de que Cristo tiene fijos los ojos en ti y que te invita con la mirada a la entrega total en el amor. Ante esa mirada, ante ese amor suyo, el corazón abre las puertas de par en par y es capaz de decirle que sí" (Juan Pablo II en Asunción, Paraguay, 18.5.1988). "La búsqueda y el descubrimiento de la voluntad de Dios para vosotros es una experiencia profunda y fascinante... A fin de cuentas, toda vocación, todo camino al que Cristo nos llama, lleva a la realización y a la felicidad, pues conduce a Dios, a compartir la misma vida divina" (en Manila, 13.1.1995). Compartir la vida de Jesús, su misión: "Recuerdo con profunda emoción el encuentro que tuvo lugar en Nagasaki entre un misionero que acababa de llegar y un grupo de personas que, una vez convencidas de que era un sacerdote católico, le dijeron: 'Hemos estado esperándote durante siglos'" (en Nagasaki, 25.2.1981). Es la fascinante misión de ser instrumentos de Jesús para la redención, la felicidad temporal y eterna: "Ha llegado para nosotros un día de salvación, de eternidad. Una vez más se oyen esos silbidos del Pastor Divino, esas palabras cariñosas, 'vocavi te nomine tuo' -te he llamado por tu nombre. / Como nuestra Madre, El nos invita por el nombre. Más: por el apelativo cariñoso, familiar. -Allá, en la intimidad del alma, llama, y hay que contestar: 'ecce ego, quia vocasti me' -aquí estoy, porque me has llamado, decidido a que esta vez no pase el tiempo como el agua sobre los cantos rodados, sin dejar rastro" (Forja, n.7). La Virgen nos concederá esas gracias, que el Señor ya ha previsto que nos lleguen por las

delicadas manos cariñosas de nuestra Madre. Ella nos hace ver que ninguna dificultad es insuperable: porque tengo vocación, superaré ese obstáculo: *Dios, que ha empezado en nosotros la obra de la santificación, la llevará a cabo* (cfr. *Fil. 1,6*; cf. *Cristo que pasa*, 176). Ella fomentará nuestro afán de santidad personal, dando gracias a Dios por su libre y amorosa elección (primer punto que hemos considerado), para la unión con Jesús (estar con Él, segundo aspecto) y como fundamento de toda eficacia apostólica (la misión, el tercer punto). Ella nos enseñará a pronunciar su “fiat”, ella nos indica el camino: “*Haced lo que él os diga...*” y nos ayuda a cumplir y responder a la misión –“*Ego redemi te et vocavit te nomine tuo: meus es tu!*”- con fidelidad se ser de Dios, a escucharle en la suave brisa de la oración (cf 1 Rey 19,12). Santa María, *virgo fidelis*, la criatura que mejor ha correspondido a la vocación: *sub tuum praesidium confugimus*, bajo tu amparo nos acogemos.